

Carlos Keller R.

Las bases geográficas de la política internacional

EN el curso de los últimos años, la Geografía Política ha experimentado un gran desarrollo. Las naciones más adelantadas le dedican un interés especial. En las universidades europeas hoy día se les exige a los estudiantes de leyes y de ciencias económicas un estudio más o menos completo de esta ciencia. Existen numerosos Institutos que se dedican casi exclusivamente a ella, como por ejemplo, los de las universidades de Hamburgo y Kiel en Alemania. Spengler, en su obra sobre la «Reorganización de Alemania» (Neubau des Deutschen Reiches, München 1924) dice textualmente, al referirse a la educación: «Lo que nos falta es una educación fuerte, diaria y profunda de la conciencia nacional, en el sentido de una actitud consciente, pero basada en una enseñanza brutalmente real de la historia moderna, con sus poderes y fines, sus medios políticos, militares, económicos y de propaganda, con las condiciones geográficas del tráfico y de la guerra marítimos, del abastecimiento de materias primas y de la exportación... Cada escuela debería tener para emplear la expresión inglesa, sus *debating clubs*, en que se deberían discutir los sucesos políticos, la política financiera, las cuestiones monetarias y las consecuencias posibles de las tensiones políticas y de los tratados.»

Entre los primeros investigadores de esta relativamente nueva ciencia debemos mencionar a Ratzel, quien publicó en 1897 su

célebre «Geografía política», a Kjellen, el conocido sociólogo sueco y a Dix, cuya «Geografía política», publicada en 1922, es una de las mejores obras sobre la materia.

La Geografía Económica, con fines meramente descriptivos, existe desde hace muchos siglos. Pero aquí no se trata de una mera descripción de los pueblos y de sus condiciones económicas, sino de investigar científicamente los fundamentos de la economía y política mundiales desde el punto de vista geográfico, de establecer leyes generales con el fin de llegar a conocer nuevos aspectos de la sociología, hasta ahora no contemplados en la debida forma.

Sin pretender ofrecer un trabajo netamente original, me limitaré aquí a presentar algunos problemas interesantes de la política internacional, en la forma en que los han tratado los autores a que me referí más arriba.

I

LAS FUENTES DE ALIMENTOS

Las bases geográficas de la política internacional nos están dadas en primer lugar en las condiciones del tráfico. La configuración, topografía y situación de los océanos, mares, montañas, ríos, etc., determinan en gran parte las tendencias políticas de los pueblos. Pero fuera de estos factores influyen en grado eminente las condiciones del suelo de nuestro planeta. La fertilidad de los terrenos agrícolas, la existencia de minas, de bosques, etc. son hechos fundamentales de la política internacional.

Por supuesto que estos factores por sí mismos no bastan. Hay que tomar siempre en consideración los factores netamente sociológicos, o sea la voluntad de los pueblos de apetecer la posesión de los bienes que les ofrece la naturaleza o de repudiarlos. La naturaleza como tal sólo les ofrece posibilidades a los hombres: depende exclusivamente de ellos la repercusión que esas posibilidades tengan en su acción política.

Podemos observar desde luego que existe, frente a esas posi-

bilidades, una tendencia fundamental en el movimiento de las naciones: la de moverse, de extenderse en la dirección que ofrece la menor resistencia. Esta tendencia determina en gran parte la migración de los pueblos primitivos. Se manifiesta en primer lugar en el anhelo de obtener fuentes de alimentos suficientes para la población.

Todo pueblo que no dispone de suelos suficientes para alimentar satisfactoriamente la población, tratará de obtenerlos en otra parte. Pero esta tendencia sólo se podrá realizar, si los terrenos apetecidos no están ocupados por otros pueblos que opongan una resistencia inquebrantable. Ratzel, al ocuparse de este problema, dice: «Mayor resistencia que la naturaleza les oponen los mismos pueblos a las migraciones. Aun invasiones que se efectuaron en forma tempestuosa y que parecían aniquilar todo, han fracasado frente a una población de cierta densidad y cesaron al fin completamente. Basta citar la invasión de los hunos en Europa, la de los turcos en la península balcánica, la de los tártaros en Rusia y la de los árabes en varios continentes, para ilustrar y comprobar esta primera tesis.

En otros casos, los invasores obtuvieron éxito, y muchas veces los pueblos invadidos se han visto obligados a retirarse a territorios alejados, y a tales migraciones se les debe en parte la población de las montañas, de islas y de desiertos. La historia nos ofrece numerosos ejemplos al respecto, como por ejemplo, la retirada de los visigodos a las montañas cantábricas y la de nuestros mapuches a la Cordillera de Nahuelbuta y de los Andes, donde los españoles en vano trataron de dominarlos. Y a tales hechos se debe también la población de los Pirineos por los vascos.

A los mismos factores se debe la formación de corrientes migratorias dentro de estados más vastos y aún en el tráfico mundial: los países con una población excesiva entregan una parte de ella a otros de población escasa. Así se ha formado en los últimos siglos una fuerte corriente migratoria de Rusia hacia Siberia, de Nueva York hacia San Francisco, de Buenos Aires hacia el Chaco y Patagonia. Esta última corriente

no alcanza hasta Chile porque se le oponen los Andes: sin esta barrera natural, tendríamos una fuerte inmigración en Chile.

Esta tendencia de obtener fuentes de alimentos es una de las más caracterizadas en la política de los pueblos, especialmente entre los primitivos. Cada pueblo está dominado del anhelo de incorporar a sus fronteras la extensión de terrenos necesarios para poder alimentar a toda su población. Pero no se manifiesta solamente en la política de las naciones, sino que se extiende hasta los mismos individuos, los cuales emigran muchas veces contra la expresa voluntad del estado, con el mero objeto de establecerse en otros países.

Estas migraciones han sido de la mayor trascendencia para la evolución sociológica de las naciones. Cada vez que se ha iniciado un nuevo movimiento cultural en la historia, ha sido antecedido por grandes migraciones. Los hombres llegan a conocer nuevas condiciones, hacen comparaciones entre su pasado y su nueva vida, comienzan a raciocinar, se ven obligados a solucionar nuevos problemas, y todo ello tiene que repercutir en su espíritu, en su alma. Y ello no sólo puede observarse en los pueblos como tales, sino también en cada individuo. Los grandes genios de la humanidad han sido grandes viajeros.

Hoy en día, esta tendencia fundamental no se manifiesta en una forma tan pura como en los pueblos primitivos, pero las migraciones actuales están basados en los mismos factores, y el número de hombres que se encuentra en continua migración es, en nuestros días, mucho mayor que en cualquier otro período.

El desarrollo del tráfico moderno ha alterado también el carácter de estas migraciones. Si antiguamente se trataba de establecer nuevos hogares en el extranjero, hoy en día se trata de un mero cambio de domicilio: los emigrantes regresan después de algunos años en gran parte a su patria. En la conferencia internacional que se efectuó hace un año en Roma, se manifestó claramente esta alteración en las dificultades que había en encontrar una definición del emigrante. Para los representantes europeos, la palabra emigrante equivalía a «una persona que sale de su patria con el fin de dirigirse al extranjero», mientras

que los representantes estadounidenses exigían que se agregara: «y con el ánimo de domiciliarse definitivamente en otro país». El antiguo emigrante tenía sin duda este ánimo; el moderno en general no lo tiene.

Esta cuestión está relacionada con otra netamente política: el país de que sale el emigrante tiene interés en no perderlo, mientras que el país en que se domicilia, tratará de nacionalizarlo. Italia y Polonia deben en gran parte su situación económica a los ahorros de sus emigrantes repatriados.

Para poder formarse una idea de estas migraciones modernas de los pueblos, basta considerar la siguiente estadística:

Los Estados Unidos experimentaron un aumento de población debido exclusivamente a emigrantes, que alcanzó a 28 millones de hombres desde 1821 hasta 1910. Entre ellos figuran: 7.8 millones de ingleses, 5.4 millones de alemanes, 3.1 millones de austriacos, 3.0 millones de italianos, 2.5 millones de rusos, 1.7 millones de escandinavos, 0.5 millones de franceses y 0.3 millones de dinamarqueses. Además inmigraron en el mismo período, 1.2 millones que provenían del Canadá, 0.33 millones de chinos y 0.15 millones del Japón.

El Brasil aumentó su población en el mismo período en 2.8 millones de hombres, de los cuales 1.2 millones fueron italianos, 0.7 millones portugueses, 0.3 millones españoles y 0.1 millones alemanes.

Ejemplos de países con una fuerte reemigración son Uruguay y Argentina. En 1910 hubo en Uruguay una inmigración de 120,000 y una emigración de 105,000 personas, de manera que la población aumentó por medio de la inmigración en sólo 15 mil personas. La inmigración total de Argentina desde 1857 hasta 1908 fué de 4.24 millones y la emigración de 1.7 millones.

Por los puertos de Inglaterra emigraron desde 1815 hasta 1910 cerca de 20 millones de hombres.

II

LAS FUENTES DE MATERIAS PRIMAS

Desde los tiempos más antiguos, los hombres se han visto obligados a buscar una parte de las materias primas que necesitan para sus industrias, en países extranjeros. Así, por ejemplo, el comercio del estaño era dominado en tiempos remotos por los fenicios, los cuales sabían mantener rigurosamente en secreto la procedencia de este valioso metal, inventando la fábula de la Atlántida, con el fin de impedir que otros pueblos trataran de importarlo de España y del Norte de Africa (véanse las obras de Leo Frobenius y de Schulten, al respecto).

Nuestra economía moderna necesita, más que cualquiera otra, numerosas materias primas que sólo se producen en unos pocos países.

Es lógico que las naciones con intereses vitales al respecto traten de obtener las colonias necesarias para producir ellas mismas las materias primas que se ven obligadas a importar. Este anhelo influye en su política internacional, y la guerra mundial no era en resumidas cuentas—a pesar de todo el inagotable lirismo empleado por algunos pueblos con fines de «camouflage»—sino una lucha por las fuentes de materias primas. Alsacia, Lorena y Alta Silesia no eran en primer lugar provincias injustamente conquistadas por Alemania, sino las primeras fuentes del mundo de hierro, carbón y otras sustancias fósiles.

Esta tendencia de obtener las fuentes de materias primas imprime a los pueblos una política a menudo diferente de la dirección que les indica la necesidad de obtener fuentes de alimentos. Así, por ejemplo, se han ocupado con este fin numerosos desiertos y otras regiones que no ofrecen condiciones naturales suficientes para la vida.

Si la tendencia de obtener fuentes de alimentos se manifiesta especialmente en los pueblos agrícolas, el anhelo de conquistar las fuentes de materias primas sólo influye en las naciones in-

dustriales. Y existe además la diferencia de que en sus migraciones los pueblos llegan a poblar territorios desocupados o de escasa población, mientras que al obtener colonias de materias primas en general, la conquista se limita al empleo de jefes y de técnicos en las minas, etc., empleándose como obreros a la población indígena. Las colonias de materias primas permanecen en general dependientes del conquistador, mientras que las de alimentos se suelen independizar dentro de algún tiempo.

III

LOS MERCADOS DE CONSUMO

Especialmente las naciones europeas del siglo XIX padecen de un exceso de producción, que no saben donde colocar dentro de sus fronteras. Este hecho ha venido a formar una tercera tendencia de la política internacional, basada igualmente en factores geográficos: obtener mercados de consumo de los productos nacionales. Nuestra economía actual está caracterizada por el intercambio de bienes entre los países industriales y los que producen materias primas, formando los segundos de ellos los mercados de consumo de los productos industriales.

Así se ha desarrollado el expansionismo industrial, que forma una de las bases políticas más importantes de las naciones modernas. Las naciones con población escasa no nos manifiestan tal expansionismo. Su falta no hay que buscarla en factores ideológicos, sino en hechos geográfico-políticos: sólo las naciones industrializadas están dominadas de ese anhelo de extenderse económicamente por razones vitales de su existencia.

Hay una excepción al respecto, pero ella sólo es aparente. Me refiero a Rusia. Este país tiene una población muy poco densa, comparada con la de las demás naciones europeas, pero tanto su gobierno como su pueblo estaban y están dominados de un expansionismo quizá más pronunciado que las demás naciones europeas. La explicación hay que buscarla en el hecho de que Rusia es aún un país poco evolucionado, que no ha

tratado de intensificar los métodos de producción agrícola, sino que ha buscado nuevos terrenos para su exceso relativo de población.

Esta tendencia nos explica igualmente el anhelo de obtener colonias propias. La India es para Inglaterra, por ejemplo, en primer lugar una colonia de consumo de manufacturas inglesas. En aquel país Inglaterra ha destruído deliberadamente las industrias del hogar nativas, con el fin de obligar a la población a comprar mercaderías inglesas. Sólo los últimos años han producido una reacción en la población indígena, la cual se explica en primer lugar en el surgimiento del nacionalismo colonial, debido a las promesas que se hicieron durante la guerra mundial, a los pueblos dominados por potencias extranjeras, de establecer gobiernos nacionales y de permitirles regir ellos mismos sus destinos.

No siempre se trata de conquistar países exóticos. La dominación puede efectuarse hoy en día en muy diferentes formas, como por ejemplo, mediante la política de la puerta franca, de las esferas de influencia, etc. El panamericanismo, en el sentido que los yanquis dan a esta palabra, está relacionado con la misma tendencia del expansionismo industrial.

IV

LOS MERCADOS DONDE COLOCAR CAPITALES

El capitalismo moderno ha tenido por consecuencia una espiritualización del capital. Mientras que antes el capital siempre estaba indisolublemente unido a una empresa, hoy en día el desarrollo del sistema creditario facilita enormemente su movilización. El capital ha adquirido una forma netamente espiritual, y ha llegado a emanciparse por completo de la empresa. Basta una comunicación telegráfica para transmitirlo a grandes distancias.

Ahora bien, en los países europeos, y después de la guerra mundial también en Estados Unidos, se ha formado un exceso

de capitales que no encuentran mercado en el interior. Este capital busca constantemente los mercados extranjeros para encontrar en ellos una colocación que produzca ganancias. Las naciones que se encuentran en esta situación tratan de conservar su poder sobre el capital que quiere emigrar, y en consecuencia, su política internacional se inspirará en el anhelo de conquistar o de dominar al menos tales mercados donde colocar los capitales nacionales.

Son preferidas en primer lugar las colonias de alimentos, de materias primas y de consumo. Pero no siempre bastan estas colonias. En algunos casos, la política de los estados ha tratado de emplear estos capitales libres para sus fines, y así se explica, por ejemplo, el anhelo de Francia de colocar sus capitales libres en Rusia. Al conceder los créditos, el acreedor le impone en general al deudor ciertas obligaciones, como por ejemplo, la de construir ferrocarriles estratégicos, de emplearlos en adquirir manufacturas del país acreedor, etc. De otra parte, puede ocurrir fácilmente que el acreedor se vea obligado a acceder a cualquier petición del deudor, para no perder los capitales invertidos en el país deudor. Rusia obligaba, por ejemplo, a Francia a secundarla en su política expansionista en la península balcánica.

Todas estas cuatro diferentes tendencias de los pueblos modernos nos explican gran parte de la historia de los últimos decenios. Sus raíces hay que estudiarlas, pues, en la Geografía Política.